

Recuerdos de quiénes lo conocieron de cerca . . .

Más de veinte generaciones de ingenieros recibieron parte de su formación profesional de Gustavo Lira Manso. Algunos de ellos, posteriormente, fueron colaboradores del destacado académico, mientras él ocupaba cargos directivos en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas.

En nuestro modesto homenaje quisimos conocer algunas opiniones respecto a lo que este meritorio académico y hombre público fue. En primer lugar, entrevistamos a una mujer, Rosario Jaque de Sepúlveda, quien ingresó a la Escuela, allá por los años 1923. Fue la segunda mujer chilena que logró recibirse de ingeniero en esa época.

En la conversación sostenida con ella resaltó una nota sensitiva al recordar con emoción, respeto y admiración al que fuera primero su profesor y luego su superior.

A juicio de Rosario Jaque, Gustavo Lira ha sido el mejor o uno de los mejores profesores de la Facultad, durante 50 años. Su rectitud, caballerosidad, rigurosidad, severidad y sensibilidad hacía que todos sin excepción le respetaran y admiraran. La Escuela en ese tiempo, recordó Rosario Jaque, era un remanso de tranquilidad y un centro de cultura.

Cuando le correspondió llegar a la Escuela, Rosario Jaque se sentía sobrecogida, insignificante ante la solemnidad que el recinto tenía y temerosa al no conocer el significado científico-técnico y espiritual que esta carrera podría proporcionarle.

“Sin embargo —dijo— pese a mi estado anímico, tuve la suerte de tener mi primera clase universitaria con don Gustavo. Al sentirlo hablar, sentí en mi espíritu la elevación de la ciencia, la verdad matemática hecha vida y realidad lógica. Todo lo que explicaba don Gustavo por difícil que fuera estaba al alcance de nuestras mentes

aún en bruto. La clase, que tenía una duración de dos horas, transcurrió en forma insensible, debido precisamente a la exactitud y claridad que él imprimía en su cátedra. Después de esas dos primeras horas, comprendí que quería ser ingeniero”.

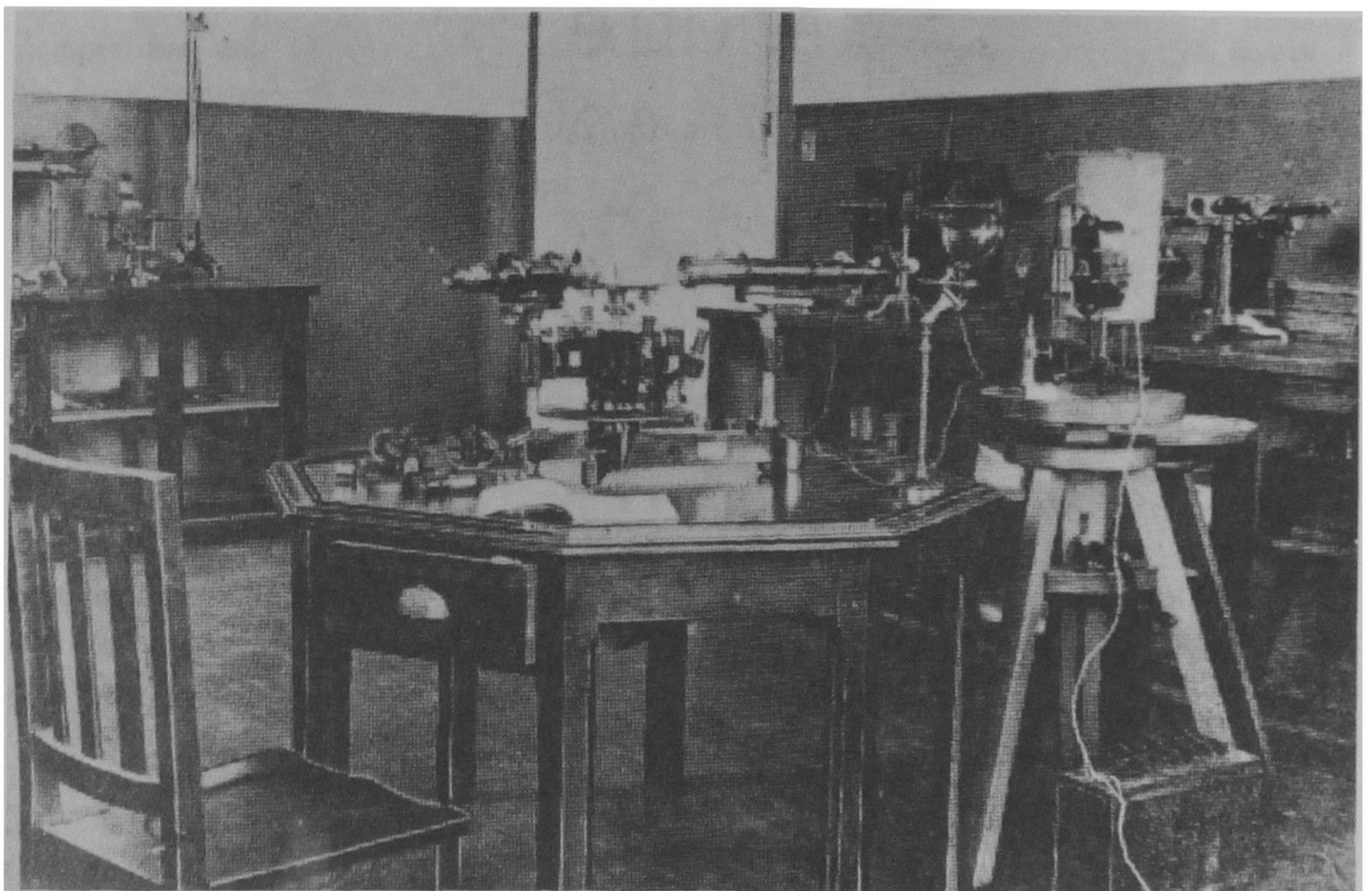
Más adelante, Rosario Jaque señaló que don Gustavo era un catedrático y humanista por excelencia, orientador de juventudes, sin predicar, de gran sencillez exterior y de una vida interior rica. Sabía manejar el idioma con elegancia, encontraba siempre la expresión justa, hablaba con propiedad”.

“Tenía —agregó— gran capacidad de trabajo, manejaba prácticamente solo la Escuela. Fue él quien como Director de ella redactó los reglamentos y planes de estudio. Permanecía siempre en su oficina, pero no dejaba de lado su preocupación por el cultivo de rosas y otras flores en los jardines de la Escuela”.

En sus recuerdos, Rosario Jaque nos se-



Laboratorio de Física, fotografiado en el año 1949, con motivo de preparar un libro para el Centenario de la Universidad de Chile.



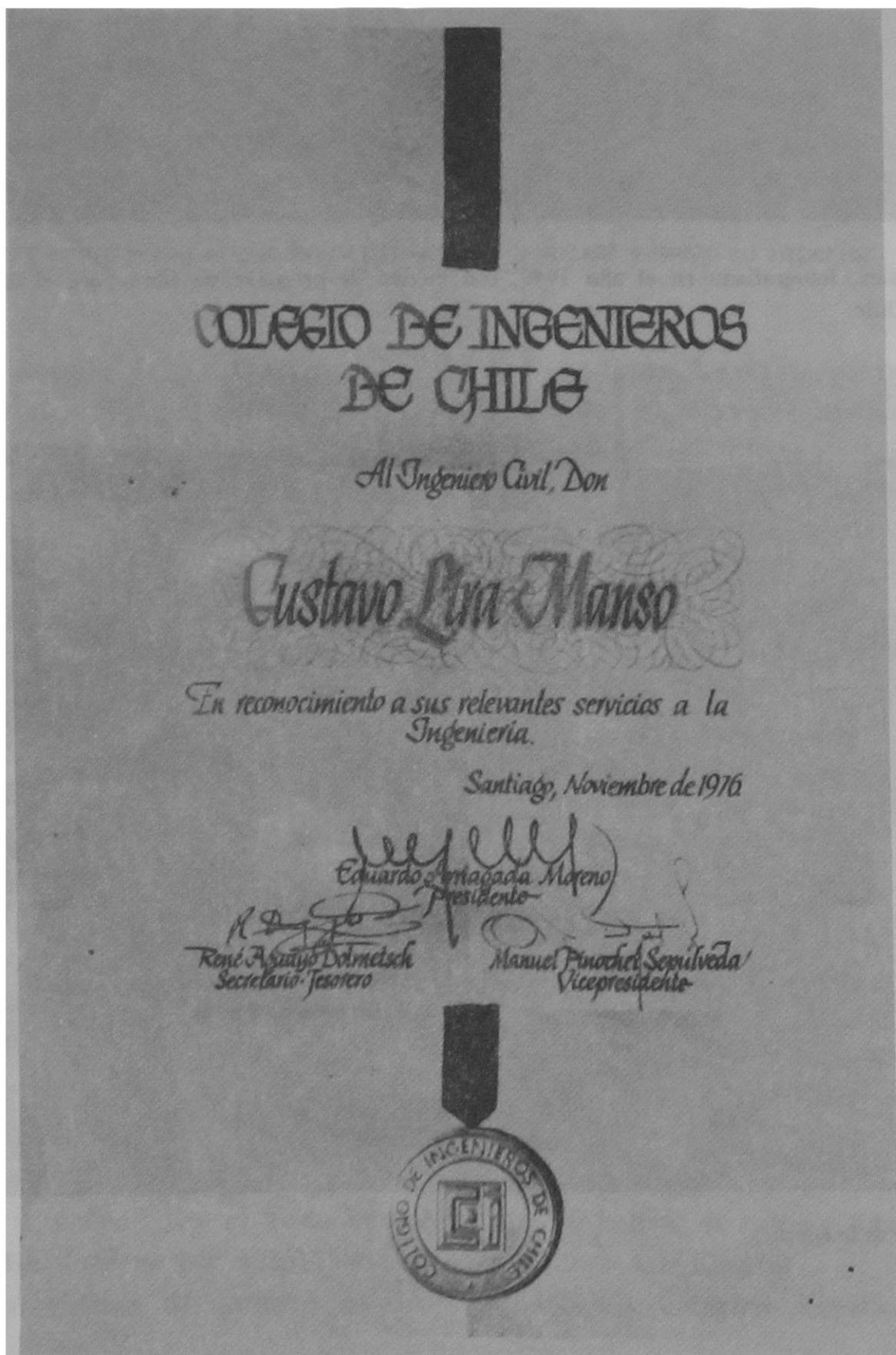
Laboratorio de Física de la época.

ñaló que nunca dejaba de sorprender a los alumnos. Mientras éstos estaban en ejercicios llegaba en forma sorpresiva. Departía muy a menudo con profesores, ayudantes y alumnos. Era fácil llegar hasta él para cualquier petición. Imponía respeto por presencia y si rechazaba o aceptaba una solicitud lo hacía en forma razonada, que no dejaba lugar a réplica.

Gran alegría existía por parte de los alumnos de la Escuela, por el hecho de que siempre que había un baile en ella, asistiera y participara como cualquiera.

“Eramos dos muchachas, las que ingresamos en 1923 —recordó—. Después de unos 15 días de clase fuimos llamadas a la Oficina del Director. Hicimos un examen de conciencia por si hubiéramos cometido algún error, pero cual sería nuestra sorpresa cuando a cada una nos obsequió un precioso ramo de sus rosas, como bienvenida. Era fino, sensitivo, amaba la belleza y apreciaba la inteligencia pero rechazaba a la mujer marisabidilla”.

Más adelante, Rosario Jaque continuó con los recuerdos, anécdotas. Es así como



nos dijo: “Era profundamente humano. En una ocasión, siendo yo Inspectora General de la Escuela, 1940, me encontraba casada y con pena porque mi marido estaba en Estados Unidos, con un curso de egresados. Don Gustavo apareció de repente, trayéndome una carta. Me dijo: Señora, pasé por la casilla y recogí esta carta para usted, que quise traérsela de inmediato. Ante un gesto tan delicado y gentil, me sentí reconfortada y agradecida”.

Otra de las facetas sobresalientes de Gustavo Lira Manso, era su gran sentido de amistad. Era amigo verdadero de sus amigos. Siempre dispuesto a servirlos y compartir con ellos todos sus momentos. Entre sus amigos se contaba a Max Jara, el poeta, Luis Adduard, Guillermo del Pedregal, Julio Pistillo, Eduardo Simpson, Raúl Simón, Carlos Mori, Alberto Veglia, Samuel Pavez.

“Sabía —añadió Rosario Jaque— mucho de economía y de política, pero siempre fue una persona independiente. No firmó registros, ni actuó en asambleas de partido. Tengo la idea que su personalidad no encajaba totalmente como militante de partidos. Era un ser crítico que apreciaba lo bueno y criticaba constructivamente lo que consideraba malo o injusto. Manejaba con enorme tacto la Facultad, compuesta de un grupo selecto de profesionales de todas las ideologías. Ella fue siempre modelo de quietud y de cordura”.

Cuando recuerdo que a Gustavo Lira, en alguna ocasión se le calificó de matemático demasiado teórico, señaló que eso no era efectivo. “Hay que recordar —dijo— que él fue ingeniero de Riego en Obras Públicas, trabajó en el Laboratorio y construyó lata por lata, tornillos y soldaduras, un trencito eléctrico con señalizaciones. Fue una entretención nuestra y suya”.

“Como buen científico, era muy desordenado en su oficina. Sin embargo siempre

sabía orientarse perfectamente entre la rumba de papeles y libros que tenía sobre su escritorio”, indicó Rosario Jaque.

Por último mencionó que Gustavo Lira era un gran conocedor del arte. La casa donde habitaba con su hermano Leonardo, quedaba en Agustinas al llegar a Portales. En ella se respiraba un ambiente elevado de arte y cultura. Existía en ella una colección de cuadros chilenos y franceses. “Era —manifestó— un hombre íntegro, culto y de una personalidad inmejorable”.

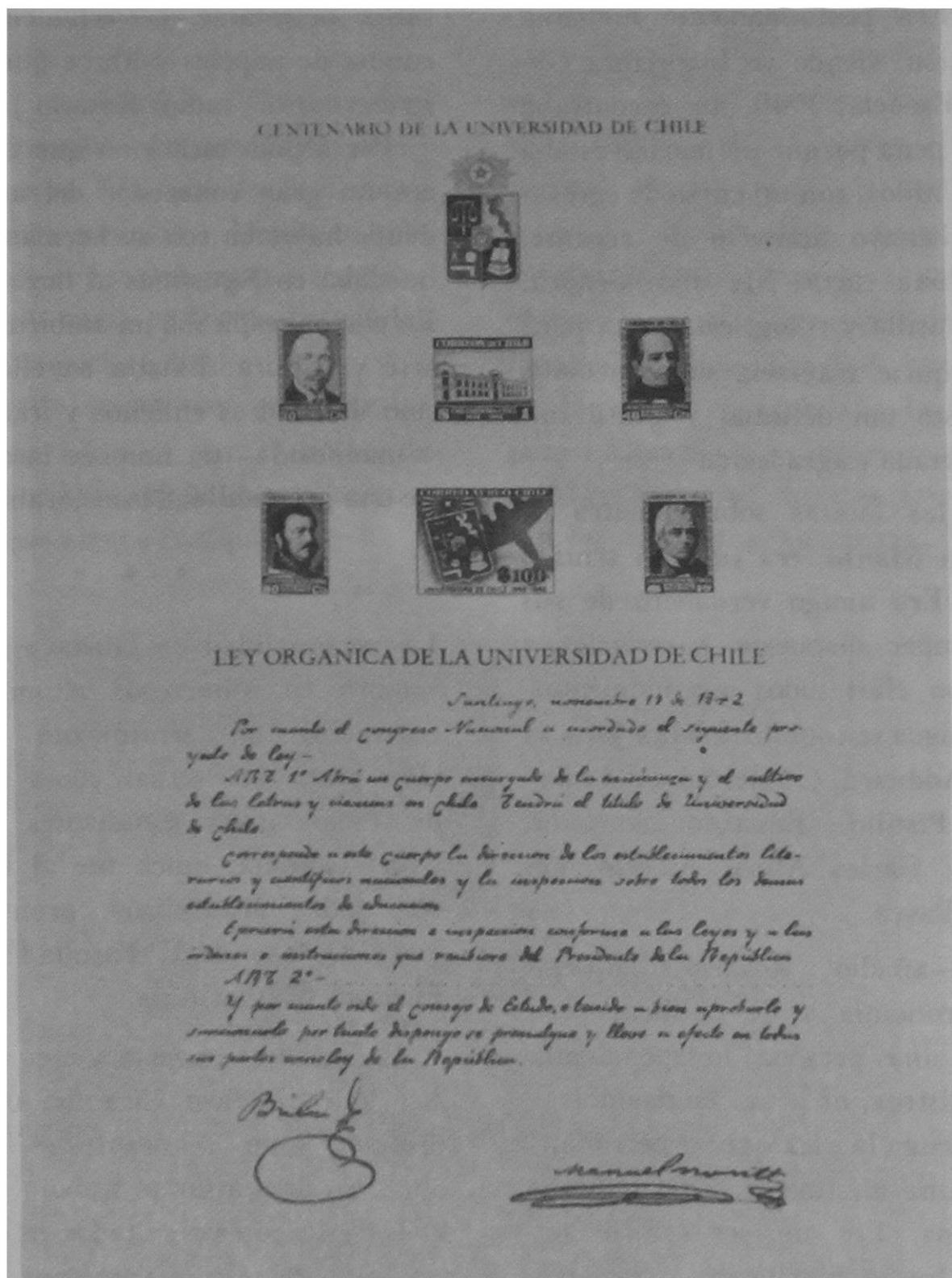
* * *

La personalidad de Gustavo Lira Manso sembró en numerosos alumnos y luego ingenieros un sentimiento de superación tanto intelectual como moral. Uno de esos tantos estudiantes fue Carlos Morí Gomma, quien fue al igual que el recordado académico, profesor, director y Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas.

En nuestra conversación con él, nos indicó que Gustavo Lira fue un eminente profesor y un destacadísimo hombre público. Su dedicación al trabajo, su afán por lograr excelentes resultados en cada una de las acciones que le correspondía desarrollar, le hicieron merecedor de sentimientos de admiración, respeto y de varias distinciones.

Conoció a Gustavo Lira en 1920, año en que ingresó a la Escuela de Ingeniería, que en ese tiempo funcionaba en la Casa Central de la Universidad de Chile. Un año más tarde y gracias a su determinación permanente se logró el traslado de ella a Beauchef 850.

“Las clases de don Gustavo —nos dijo Carlos Mori— eran muy amenas, las explicaciones claras y precisas, de modo que uno verdaderamente aprovechaba las horas en que nos correspondía con él. En los primeros años impartía la cátedra de Física”.



Año 1931, se oficializa el Estatuto Universitario, que otorgo autonomía docente a nuestra Corporación

Al término del año académico en 1920, le correspondió a Carlos Mori rendir su examen. Don Gustavo le puso un problema que no había sido abordado durante el año, pero que con suerte logró resolver “Puso en la oportunidad —dijo Carlos Mori— una cara de asombro, como diciendo ¿cómo cómo! Me atreví a preguntarle: ¿está mal, señor?.. Me dijo no, no, está bien, siga no más. Resultado: salí aprobado. Pasaron muchos años, nueve en total, y siendo yo director de la Escuela me recordé de ese examen y le consulté a qué

se debía su sorpresa. Me dio una explicación del por qué había tratado de sacarme mal. Me indicó que había recibido una nota en la cual se me recomendaba, lo que para él era un acto insoportable. Tenía el lema: “alumno recomendado, alumno reprobado”... es la única forma de terminar con las malhadadas recomendaciones. Debo aclarar —añadió— que ese problema logré resolverlo debido a que un compañero que cursaba el segundo año de ingeniería, había sacado apuntes de física durante su primer año, y me había

cedido gentilmente sus apuntes. No fue quizás por simple habilidad que logré superar la dificultad en que me encontraba involuntariamente. Desde esa fecha aprendí muy bien la lección, y es por eso que jamás otorgo a nadie una carta de recomendación”.

Carlos Mori fue alumno de Gustavo Lira durante los seis años de ingeniería, y por tal motivo se siente con autoridad para afirmar que él era un profesor eminente, impasible, justo y muy humano. “Jamás el rostro de Gustavo Lira reflejaba algo, especialmente cuando le correspondía examinar a sus alumnos. De dar buenos exámenes los aprobaba y ponía la nota que él estimaba conveniente, de lo contrario, con la misma impasibilidad, le decía a los jóvenes “...vuelvan en marzo”. De él aprendí también, que ser profesor es la función más importante que puede ejercer un hombre, porque está formando nuevas generaciones de profesionales”.

Durante nueve años fue director de la Escuela de Ingeniería, pasando luego a desempeñarse como Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. Fue en 1929, cuando Carlos Mori lo sustituyó en la Dirección de la Escuela. Recordó que al asumir el cargo, Gustavo Lira le hizo una recomendación: “Mire, usted, tendrá como ayudante a Max Jara, un gran poeta, pero muy bohemio. El vive en este mismo edificio, en el tercer piso. Como hace una vida nocturna muy intensa, jamás lo verá temprano por las mañanas; generalmente llega pasadas las 12. No le diga nada, ya que es un excelente funcionario”. Seguí su consejo y nunca tuve problemas con el poeta que posteriormente fuera galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

Gustavo Lira fue Decano durante varios periodos, aunque no continuados, ya que ese mismo año, 1929, fue también designado Secretario General de la Uni-

versidad de Chile hasta 1930 en que se le nombró Rector de ella y luego, ministro de Educación Pública, hasta 1932.

“Como ministro de Educación —dijo Carlos Mori— le otorgó a la Universidad autonomía total. Ello liberó a esta Corporación tener que seguir a su cargo con la enseñanza secundaria. Entonces y a partir de esa fecha la Universidad sólo se preocupó de sus propias tareas”.

Uno de los rasgos que reflejaron su preocupación por el bienestar estudiantil universitario queda patentizado con la creación del Servicio de Bienestar. El primer efecto de ello fueron las clínicas dentales. “Naturalmente —dijo Carlos Mori—, la primera que se instaló y funcionó en la Universidad de Chile fue la de la Escuela de Ingeniería. Los servicios que se brindan a los alumnos a través de la Oficina de Bienestar Estudiantil prosiguen hasta el día de hoy y mucho más completos, por supuesto”.

Gustavo Lira era gentil con sus alumnos, pero distante. No les daba confianza, pero en realidad los apreciaba mucho. “Yo, junto a muchos otros, tuvimos la oportunidad de apreciar sus condiciones humanas, que fueron tan importantes como sus condiciones intelectuales y sus condiciones morales”.

* * *

“De don Gustavo Lira, yo creo que hay diversos aspectos que se pueden destacar porque fue un hombre que sin duda marcó una época, no sólo en la enseñanza de la ingeniería, sino también en la profesión como tal”.

Enrique D'Etigny, ex Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, al recordar en una breve conversación, la vida y obra de Lira Manso, en su estudio de Victoria Subercaseaux, cree necesario

hacer un alto y evaluar la vida de un ingeniero y educador.

“Los primeros contactos de muchas generaciones de ingenieros con don Gustavo —dice—, eran con un poco de temor, porque se le consideraba una persona estricta y que hacía cumplir con mucho rigor el estudio universitario.

Esa era la primera impresión, porque los que lo conocieron y conocimos un poco

más, tuvimos la oportunidad de apreciar sus condiciones de bondad y de excelente profesor; pero más que eso, don Gustavo fue un símbolo dentro de la enseñanza de Ingeniería en Chile y en el concepto del Servicio Público”.

“A don Gustavo —agrega— le tocó pertenecer a una generación de ingenieros de comienzos de siglo, momentos en los cuales la ingeniería tomó un papel prepon-



Mónica Lira en el living de la residencia bajo los retratos de sus padres Victoria Mora y Gustavo Lira

derante en el Servicio Público del país. como algo significativo. Era la época de Juan Lagarrigue, Sereseda de Blanquer y de tantos otros profesionales que formaron servicios, como la modernización de los servicios de Obras Públicas, Ferrocarriles y tantos otros que destacaron la profesión como algo importante en el país, como algo significativo”

Más adelante señala: “Creo que para todos los que pasaron por la escuela en la época en que don Gustavo fue Director, primero, y Decano después, quizás lo que tengamos más grabado es la personalidad de él: un hombre entregado en su profesión de ingeniero al servicio del país. Siempre estaba dispuesto a asumir un cargo, independiente del gobierno que se lo pidiera, de lo que se pensara. El actuaba como técnico y pensaba como técnico”.

“Era una persona, dice, que tenía muchas otras condiciones, como por ejemplo para legislar, pensaba proyectos de leyes, de reglamento en muchas otras cosas, con una enorme visión. Eso se ve reflejado en muchas normas del estatuto universitario, que son obras de él, como en la ley de Servicios Eléctricos y muchas otras”.

Según el profesor D’Etigny, el carácter de servicio de Lira Manso marcó a muchas generaciones de ingenieros que fueron sus alumnos. “Yo lo conocí como alumno, dice, y él dejó de ser Decano cuando yo era alumno en la Escuela de Ingeniería en 1945. Siguió como profesor hasta 1960. Siempre estuvo presente la figura, siempre se mantuvo con el carácter que tuvo, a pesar de que en el año 1945 dejó de tener el cargo de responsabilidad directiva”

IMPORTANCIA DE SU OBRA

Enrique D’Etigny dice que si tuviera que referirse a la obra de más envergadura que realizó Gustavo Lira en la Facultad, piensa que más que las obras materiales que dejó a su paso el erudito, esta la enorme ascen-

dencia que dejó en los ingenieros que fueron sus alumnos.

En actividades científicas propiamente tales, el Instituto Sismológico se creó siendo él Decano; el cambio que tuvo también el Instituto de Investigación y Ensayes de Materiales, IDIEM, también fue importante.

Pero hay que destacar, agrega D’Etigny, que en la época en que le correspondió vivir, no se produjo una parte importante del desarrollo material de la Facultad, por falta de medios económicos. Eso no quiere decir que no lo haya comprendido y no lo haya impulsado. Ciertamente, la universidad de los 30 y 40 preparó, por decirlo así, lo que venía después. O sea, al progreso importante que tuvo en cuanto a modernización de los estudios; a incorporar nuevas personas a la enseñanza. A Gustavo Lira, le tocó participar activamente en este período, y ese espíritu es lo que vale más la pena destacar.

. . .

Gustavo Lira Manso era conocido por muchos, como un hombre serio, estricto, severo y de profundas convicciones. Su quehacer cotidiano, su carácter, variaba significativamente dentro del hogar.

Su hija, Mónica Lira Manso, nos contó aspectos de la vida de Gustavo Lira como padre y esposo. El se casó pasado los 43 años, pese a que su carrera académica, profesional y actividades de hombre público, habían comenzado prácticamente a los 20 años de edad. Era un hombre, que a los 43 años ya había escalado la mayor parte de su actividad profesional con éxito. Era conocido y había triunfado. Sólo que era muy escurridizo en el plano sentimental. Hasta 1931 defendía su independencia y libertad férreamente. Sin embargo, Cupido le hizo una jugada magistral. Siendo él Secretario General de la Universidad de Chile, se encontraba al frente de

los exámenes del Bachillerato. En ese entonces los postulantes a la Universidad debían concurrir a la Casa Central de nuestra Corporación a rendir su prueba de admisión. Hasta allí llegó la profesora en Química y Biología del Liceo N° 5, Victoria Mora Cruz. Era, según nos comentaron, una mujer muy bella. Fueron presentados, y Gustavo Lira quedó impresionado. Comenzó una corte pronunciada . . . Hasta que luego de seis meses de conocerse se casaron. De ese matrimonio nació Mónica, quien nos confesó que nunca se había imaginado lo importante y eminente que había sido su padre. “Sólo lo conocí bien como un papá tierno, complaciente, incluso me atrevería a afirmar que era igual a un abuelo consentidor con una nieta. Era ya muy mayor cuando yo tenía unos siete o diez años”.

La hija nos indicó que su padre, posiblemente guardaba su adustez en la oficina, en la Universidad. A su hija prácticamente nunca la reprimió. Le dejaba plena libertad para desarrollar sus inquietudes, sus diabluras. Dejaba la carga de educarla, de corregir los errores en que incurría, a su esposa Victoria. “Pero lo que sí mantenía firmemente era su convicción de que uno debía rendir al máximo en los estudios y en cuanto al comportamiento, esperaba siempre que fuera dentro de un marco de delicadeza, de honestidad”.

“Mi padre —prosiguió Mónica— era un hombre muy tolerante para las creencias, para todas las cosas. Eso hizo que me permitiera ser una mujer libre, segura, y recuerdo que siempre me impulsaba para que hiciese cosas, que no me estancara en ningún aspecto. Mi madre —añadió— a veces se espantaba con papá. Yo tenía 13 años cuando llegó y me entregó un paquetito. Con gran curiosidad lo abrí . . . eran las primeras medias nylon que tomaba . . . Me dijo: póngaselas . . . Recuerdo

como si fuera hoy que le respondí: ¿pero . . . qué dirá mamá? Nada, nada; póngaselas, yo me responsabilizo. Así era. Efectivamente mamá quedó paralojizada . . . pero papá ganó. Luego a los pocos meses, me trajo el primer lápiz labial . . . Era quien sin normas escritas, sin retos, me conducía en mis primeros pasos por la vida en el plano social. Le fascinaba llevarme por las noches a elegantes locales, donde cenábamos y veíamos espectáculos . . .

Con mis compañeras de colegio, era prácticamente igual. Llegábamos a almorzar y él nos contaba chistes con gran elegancia y finura y nos servía un “traguito” . . . un aperitivo”, —dijo Mónica Lira.

“Otro aspecto que yo admiré en mi padre —continuó señalando— fue que siempre pensó que la mujer tenía los mismos derechos y deberes que los hombres. No era nada machista. Creo que se adelantó a la época. Siempre hacía hincapié en que la mujer debía realizarse como persona y ser lo que realmente quería”.

Respecto al pensamiento político de su padre, Mónica Lira nos señaló que jamás militó en algún partido, pero sí tenía un sentido crítico de las cosas, de la realidad política que se estaba viviendo. Como hombre inteligente y preparado que era, defendía sus convicciones aunque le desfavorecieran. “Nunca estuvo del lado que quemaba el sol, siempre estuvo al lado que él creía justo y bueno, aunque esto le trajera consigo algún perjuicio. Era en realidad un hombre muy honesto”, reiteró Mónica Lira.

Mi padre —aseguró— no era un hombre muy demostrativo en cuanto al cariño se refiere. En ese aspecto había una gran diferencia entre mamá y él. Ella era más afectuosa, más expresiva, papá por el contrario demostraba sus sentimientos a través de hechos, acciones. “Recuerdo que durante toda la vida que duró el matrimonio de mis padres, ellos se

trataron de Ud. Puedo asegurar que ambos se amaron profundamente y sintieron un respeto y admiración mutua. No hacían mucha vida social, pero tenían gran cantidad de amigos. Creo que principalmente no participaban de las actividades sociales, dado que mi padre era un hombre tímido. Una vez me confesó que cuando llegaba a una recepción, en un gran salón, no sabía qué hacer con sus manos. Se sentía incómodo”.

Cuando Victoria Mora Cruz falleció hace algunos años atrás, la salud de Gustavo Lira comenzó a derrumbarse. Fue

para él una gran pérdida de la que no se repuso.

Su hija y nietos, como lo señaláramos al comienzo, tomaron el peso de lo que fue la vida de Gustavo Lira, solo ahora. Termina su hija asegurando con orgullo que su padre fue un caballero a carta cabal, de una delicadeza increíble y de una honestidad a toda prueba. Todas sus acciones en la vida pública las realizó orientadas a beneficiar a la comunidad. Y, como académico fue notable su amor por las ciencias físicas y matemáticas, y se sentía dichoso transmitiendo sus conocimientos a los alumnos, quienes pese a que criticaron su severidad, lo respetaron y admiraron.

Don Gustavo Lira Manso en el Instituto de Chile

Las valiosas cualidades de Gustavo Lira Manso, tanto como profesor universitario, como hombre estudioso, amante del saber y de su permanente afán por el progreso de la ciencia en nuestro país, motivó que el Presidente de la República, Jorge Alessandri Rodríguez, lo llamara en 1964 a formar parte, junto a otros destacados académicos, del Instituto de Chile.

Dicho organismo fue creado en 1964 y estaba destinado a promover, en un nivel superior, el cultivo, el progreso y la difusión de las letras, las ciencias y las artes.

En la oportunidad, Gustavo Lira señaló que dicho Instituto tenía un preclaro antecedente: el Instituto de Francia, que fundara la Convención Nacional Francesa en 1795

Explico en aquel entonces Lira Manso que aquella ilustre asamblea constituyente y legislativa, que estableció definitivamente las conquistas sociales y políticas de la revolución, y que fundó el sistema de la

educación pública, quiso reedificar con el Instituto, en un conjunto orgánico, corporaciones del antiguo régimen, que la ola revolucionaria había destruido.

El Instituto de Francia entonces y que estaba encargado de recoger los descubrimientos y perfeccionar las artes y las ciencias, comprendía cerca de 400 miembros, agrupados en clases, que correspondían prácticamente a los mismos campos de la cultura que abarcaban las Academias extinguidas y que luego renacieron.

Como en Francia, las Academias han florecido también en los tiempos modernos en la mayoría de los países occidentales, al alcanzar su cultura un nivel superior. Tal ha acontecido con Italia, Gran Bretaña, Alemania, Austria, Países Bajos, Suecia, Unión Soviética, España, Portugal y Estados Unidos. Desarrolladas en unidades espirituales, han abarcado en su conjunto todos los campos del saber. Y como blasón del pensamiento, su nombre

tradicional sigue recordando la villa, arbolada de olivos, de Academo, que en los suburbios de Atenas, escuchara el discurrir del divino Platón.

INSTITUTO DE CHILE

Las bases del Instituto de Chile fueron las academias existentes en el país —la Academia Chilena y la de Historia— a las cuales se agregaron cuatro nuevas, creadas por la Ley del Instituto, la Academia de Ciencia, las Academias de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, la Academia de Medicina y la Academia de Bellas Artes.

Para poner en marcha estas nuevas corporaciones, la ley estableció un procedimiento para constituir en cada una de ellas, un núcleo inicial de cinco miembros de número, de formación, para alcanzar después un número total de 18 académicos.

“Los académicos de número que han sido designados para integrar los núcleos iniciales de las Academias nuevas del Instituto, cuyos sentimientos creo interpretar en estos instantes —señaló entonces Gustavo Lira—, desean declarar que consideran una honra muy alta, que agradecemos profundamente el haber sido llamados para dar el primer impulso a la tarea de organizar armoniosamente el estado espiritual cada día más pronunciado que vive nuestro país, y que el Gobierno, al proponer la Ley del Instituto, y el Parlamento al aprobarla, han querido reconocer en un texto que lo encuadra en moldes clásicos que han de asegurar su permanencia y su vigor”.

INSTITUTO DE CHILE: AUMENTAR EL SABER Y BUSCAR LAS VERDADES

Gustavo Lira Manso, ante las más altas autoridades políticas y académicas, pro-

nunció un breve discurso destacando la importancia de la creación de este nuevo organismo.

“La Grecia meditó sobre los principios, y creó la Filosofía; investigó la primera y desconcertante realidad del mundo físico que es el espacio, y produjo la Geometría, la construcción científica más completa de la antigüedad; idealizó la forma y creó la Escultura. Roma estableció el Derecho. Adormecido más tarde el espíritu de Occidente por la Edad Media, volvió a su ímpetu creador con el Renacimiento, revolucionando los conceptos sobre el universo y el sistema cósmico a que pertenecemos, desarrollando las matemáticas y el método experimental, para aplicarlo a la investigación de las ciencias físicas y biológicas, puras y aplicadas; indagando sobre la constitución de la materia, estableciendo la relatividad y el determinismo probable de los fenómenos; reviviendo las artes, la filosofía, el humanismo, la crítica, la educación, y realizando, por otra parte, la difusión incesante de la cultura a todos los pueblos de la tierra, ensanchada por las exploraciones y los descubrimientos geográficos”.

En los tiempos actuales, es día a día mayor el caudal de todas esas corrientes del pensamiento, mayor la suma de conocimientos acumulados, y más intensa la fuerza de expansión que hace llegar esas conquistas a todos los espíritus. En este extremo del mundo nuevo, no podemos permanecer indiferentes, y es por eso que al integrar el Instituto de Chile, con modestia, pero con una firme voluntad de trabajo, queremos participar en la tarea nunca terminada de aumentar el saber y de buscar las verdades”.

Estas fueron las palabras pronunciadas por Gustavo Lira, en la Casa de Bello el 20 de Octubre de 1964.

E P I L O G O

El primero de marzo, del presente año, la vida de Gustavo Lira se había apagado. Claudio Anguita, Decano de nuestra Facultad, luego de destacar la forma meritoria como se desempeñó en los innumerables cargos que debió ocupar, se refirió a lo que él representó para quienes fueron sus discípulos.

“Para sus alumnos de la Escuela de Ingeniería, Gustavo Lira Manso era simplemente “DON GU¹STAVO”, el exigente, claro y brillante profesor de Física, Matemáticas e Hidráulica. Cuando algunos de nosotros ingresamos a la Escuela, don Gustavo era ya una leyenda. Una leyenda en plena vigencia aun como profesor, y asistíamos a sus clases con una reverencia, como rara vez he vuelto a ver después.

Para nosotros, don Gustavo era la imagen viva del **INGENIERO** en mayúsculas, del sabio profesor que sabía hacer fácil lo difícil”